

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 20 de Abril de 1899

Núm. 439



Reutlinger.

Flor de Primavera.

La señorita Vernot tuvo que meterse en el lecho, y aunque sacando fuerzas de flaqueza, protestaba de la tiranía de sus amigos. Decía que estaba bien, con ganas de bulla y *trapi-sonda* (y acentuaba esta palabra por hablar el castellano mucho mejor de como suelen hacerlo no pocos españoles), y que no había sinó permitírselo para verla ufana, alegre, dispuesta á bailotear. Estas frases se le iban entre risas y suspiros, anunciando no sé qué formidable revolución nerviosa.



—Alivie el mal de tu pecho, el saber que hay un camino que puede llevarte al cielo.

La señora Hobson se asustó y puso en recelo á Carlos, el hermano de la francesa. El dictamen de la Forgent fué que hacia falta allí un facultativo. Brindóse Rolland y se ofreció Kenteld á darle escolta. Mientras iba este último hasta su habitación para quitarse las chinelas y el gorro árabe que cubría su cráneo casi mocho, la Pertigueiro sacó hábilmente al inglés de la sala y le dijo:

—Lo que tiene la señorita Juana no lo remedian recetas de doctores.

Rolland le asestó una mirada perspicaz, profunda.

—¿Usted sabe?...

—Sé que la Vernot está enamorada de usted.

—¿De mí?... ¿De mí?... Señorita, yo no he dado pie para que Juana...

—Ni yo para que usted me quiera.

—¡Oh, con toda mi alma! ¡Con vehemencia salvaje, con impulsos que nunca hubiera creído sentir en mí sér!...

Y diciendo y hablando, adelantaba las manos como si quisiera coger en el aire el sutil y vaporoso espíritu de la felicidad.

Marianilla hizo gesto de apartarse, de retroceder. Fué rápido todo: Eduardo añadió inclinando tristemente la cabeza sobre el pecho:

—¡Y también con el respeto y la cortesía, y la adoración con que un caballero de mi país rinde pleito homenaje á su reina!

Enternecida, balbuciente, dijo Mariana alargando su mano al mozo:

—Gracias, amigo mío.

Agregó Rolland, estrechando aquella prenda codiciada que se le ofrecía, y que tantos sinsabores le costaba conseguir:

—¡Yo no amo á mademoiselle Jeanne Vernot!

—¡Chist! Por ahí viene Kenteld. Adiós.

Y se alejó la española presurosamente, dejando por segunda vez en el ánimo del pobre mancebo la impresión que despierta el hada de la dicha, huyendo delante de los ojos que encendidos la devoran como si quisieran convertirse en imán. El inglés corrió con su compañero á casa del doctor Córcoles Sierra, y en coche se lo trajo á la fonda. Dirigióse al afamado médico, precisamente por saber que era entendido en su ciencia, y notable en el trato con los enfermos; que su mirada perspicaz escudriñaba los misterios del sér, al propio



Del mismo Triana.



Cuanto tarda

tiempo que su mano experta buscaba el pulso febricitante; que oía sin aburrirse todas las historias posibles, hasta las más insulsas y torpes, si tenían relación con el paciente, tomando polvos de rapé, y cazando aquí un dato, y soltando allá una pregunta, y que como era natural, (instruido Eduardo por las palabras de la Pertiguero) convenia que visitara á la de Lille y ayudase á su mejoría. Se contaba del raro doctor que, llamado muchas veces de prisa y corriendo, al formular el diagnóstico habia dicho metiéndose en las narices el imprescindible polvillo:

— Señora, case usted por la posta á su hija.

O bien:

— Señora, tiene usted mucho dinero?

— Para salvar á mi hijo todo me parecerá poco. Pida usted.

— ¿Yo? Ni un céntimo. Mande usted con una comisión á don Fulano de Tal á Rusia, á las Carolinas, al Norte de América.

— ¿Y qué tiene que ver don Fulano de Tal con la enfermedad de mi querido hijo?

— Diré á usted... diré á usted, señora (*polvo de rapé*). En cuanto su hijo sepa que don Fulano de Tal se halla como si dijéramos en la luna, y que por consiguiente no le tropezará en sus paseos por Valencia, ni le hará sombra en sus planes y ambiciones, en cuanto su hijo sepa eso, estará curado.

Por hablar así en cierta ocasión le llamó un conde, muy conde, es decir, muy linajudo, y sobre linajudo orgulloso, (que es como entienden algunos que deben conservar sus cuarteles y sus blasones), le llamó repito, ignorante. Sin inmutarse, tomando el consabido polvo, preguntó el doctor:

— ¿Cuántos cursos de filosofía ha estudiado usted?

— ¿Y qué tiene que ver la filosofía con?...

— ¿Con los polvos Dower?... Más de lo que usted se figura, pero en fin: como usted no ha de entender esto, (por mucho que yo me empeñe) ¿cuántas conferencias de medicina ha oído usted?

— Yo soy conde, no soy médico.

— Entonces no comprendo por qué me llama usted burro.

En otra ocasión, en que se le hizo saltar del lecho para que visitase á una señorita de dieciséis años, presa de un horrible ataque de nervios, después de preguntar y volver á preguntar, pasando en la consulta más de una hora, y consumiendo en consecuencia veinte polvos de rapé (con lo cual dejó á la paciente que se despachara á su gusto hasta las dos de la madrugada), repuso:

—Señora, si no quiere que se repita el caso, eche usted á la *maritornes* mañana mismo. Unica manera de curar á la enferma.

Efectivamente: la señorita, que no podía ver ni en pintura á la criada, era tan ignorante y tan torpe como ella, y ayudándole la altivez, sufría horriblemente por los desplantes de quien entendía que debiera hablarle postrada de hinojos.

Como los extranjeros no se limitan, cuando están en pueblo desconocido, á dar vueltas por las calles, sinó que acuden á todos los centros de ilustración, (y así se les ve relacionarse prontamente con lo más granado y culto), Rolland y Kenteld conocian, nó de oídas, pero de trato, al doctor Córcoles Sierra: largas entrevistas y animadas conferencias sostuvieron con él en el Ateneo y en la Sociedad de Agricultura, y es oportuno decir que el médico había simpatizado con los dos amigos, quienes tenian imaginación para cabalgar, como él cabalgaba, por espacios infinitos, á veces no soñados en los delirios del entendimiento humano. Rolland le puso en antecedentes mientras se dirigian á la fonda, contándole, con las reservas posibles, todo lo ocurrido, y hasta su inminente afecto. Ya en el cuarto de la Vernot, el inglés, notando que no estaba allí Mariana, salió discretamente en busca de la joven. Hallábase la Pertiguero en el saloncillo de lectura escribiendo una carta para su tia la señora Vives de Puenterrudo. Eduardo se aproximó sin hacer ruido, plantóse junto á la dama, y de pie, con los brazos cruzados, como si continuara la conversación en el punto donde quedó interrumpida, repitió:

—¡Yo no amo á mademoiselle Vernot!

Sin susto, ni sorpresa, ni recelo, levantó la mirada Marianilla, fijóla con serena y mansa dulcedumbre en los ojos de Rolland, y repuso:

—Y yo daría toda mi fortuna, si estas cosas se comprasen con dinero, y hasta la parte de dicha que me toque en este mundo, porque usted correspondiese á su cariño.

—¡Mariana!... ¡Qué cruel, qué cruel, Mariana!

—¿Y usted no lo ha sido, no lo hemos sido ambos con esa pobre niña, hiriéndola de muerte? Siéntese usted y escúcheme. ¿Sabe usted lo que es amor?

—¡Sí lo sé!... ¡y me lo pregunta!

—Sí, sí, se lo pregunto: amor, me dirá usted, es tener robados todos



—¿Si habrá por aquí algún bicho?

los sentidos, imprimir en el pensamiento la imagen querida; embellecer la naturaleza con los encantos que le sobran á la persona adorada: creer que Dios es más grande y más bueno de lo que había sido hasta entonces: que las tardes de invierno, sucias y negras, son hermosas, y las tardes de primavera, alegres y radiantes, son sublimes.

—Y aun algo más que todo eso, señorita.

—Sí, algo más. Es... sentir el alma ahorcada en el árbol del egoísmo; no querer sinó la dicha que ha de perfumar nuestra existencia; no comprender las tristezas y las amarguras ajenas, porque nadie sufre cuando uno ama y se ve correspondido, de la misma manera que cuando nos toca con sus alas el desengaño... ó el despecho se nos antoja que todo... la naturaleza y sus seres y hasta el sol espléndido, vivido, refulgente, participa de nuestro dolor.

—Algo más, señorita, — repitió imperturbable el inglés.

—¿Algo más, Eduardo? — Preguntó sin poder disfrazar su ingenua alegría la Pertiguerro. — Entonces el amor es... el beso que da la misericordia infinita á sus criaturas: es sufrir del sufrimiento extraño; es abnegarse aunque sea sacrificando los impulsos propios, las propias esperanzas, el propio amor.

—Así amo yo, señorita.

—Pues si ama usted así, caballero — exclamó Mariana poniéndose de pie — no puede usted querer que de nuestra dicha nazca el infortunio. Sé lo que va usted á decirme: que entonces seremos tres los desgraciados. ¿Y la voluntad? Pruebe usted á olvidarme. Ahora le pa-

recerá á usted imposible, pero luego... más tarde...

—Más tarde tampoco. Diga usted que no puede ó no quiere corresponder á mi cariño...

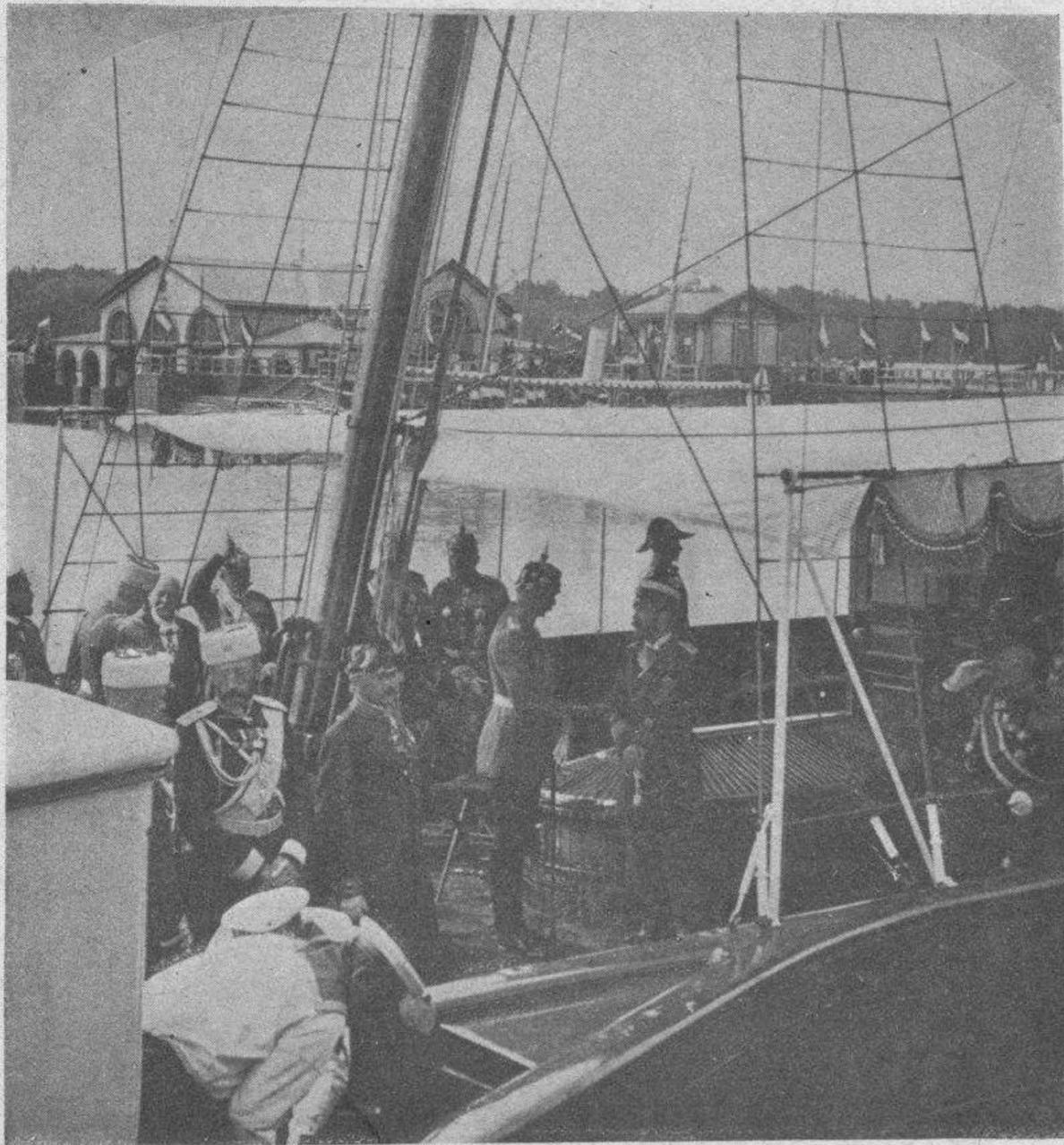
—No puedo... no quiero... y, sin embargo... ¡le amo á usted!

Marianilla dijo casi desde la puerta estas últimas palabras; dichas, se escapó con paso presuroso. Siguióla Rolland, pero no pudo alcanzarla hasta el cuarto de la Vernot, donde entró en el momento en que el doctor Córcoles Sierra decía, tomando su inevitable polvo de tabaco:

—Vaya, vaya, señorita; no se muere uno cuando está empeñado en vivir.

Mademoiselle Jeanne contestó con energía:

—Pues yo quiero morirme.



Los emperadores de Rusia y Alemania.

J. F. Luján.

Cañitas

Deja que entone mis penas
al compás de la guitarra,
y que sus notas reflejen
el estado de mi alma.

Nubecilla que en el cielo

estás cerquita de Dios,
dile que bese á mi madre
como la besaba yo...

Te he comparado á la yedra
que trepa por mi ventana...

que por encima es muy linda
y por debajo da lástima...

A un mechón de tus cabellos
y un retrato de mi madre
les pondré un marco de besos.

J. ENRIQUE DOTRES

La historia del cerdo, ó el apólogo de Bremón

Bremón siempre ocurrente.

El universal cronista (pudiera llamársele *coronista*, no á pesar de lo anticuado, sinó precisamente por eso), escribe en dialogo sabroso la triste historia del niño comido por el cerdo. Le resulta apólogo la gacetilla, ó como si dijéramos, la última palabra de la gacetilla. Recomendando el sistema á los diarios noticieriles, quienes obtendrán así dos ventajas: la de entretener al público y la de impedir que hasta los ladrillos se crean aptos para la redacción de noticias, como aquella célebre en que, uno de los del oficio, aseguraba que cierta joven se lanzó del segundo á la calle y tuvo la suerte de quedar suspendida por las ropas en el tercero.

Volvamos *sobre* la gacetilla bremoniana ó bremónica.

Palabra más ó menos pregunta uno:

—¿Se ha enterado usted de eso del cerdo que se acaba de merendar á un chiquillo? En mi tiempo no ocurrían tales cosas.

Y contesta él... ¡oh perspicacia de Bremón!

—Siempre han sido voraces esos animales. Lo que pasa es que ahora hay más medios, (*más gacelillas, hasta las de ese revistero*) y se hace público que los padres encierran en los armarios los... artículos comestibles y abandonan las tieras criaturas á la voracidad de las fieras, que disimulan sus instintos hipócritamente. No tarazan las pantorillas del hombre, porque le temen, pero se zampan al infante.)

Sí, señor; el cerdo es hipócrita, cuanto gruñón y humilde. Y hay muchos cerdos por esa humanidad. No atarazan, pero tarazan ó ataracean al débil: valga el juego: cuando no muerden hacen cosquillas. Sí, sí, conforme: todos los cerdos son hipócritas y todos los hipócritas cerdos.

Hasta aquí una parte del apólogo. Hay dos, aunque no se haya advertido al empezar. La moraleja, como ustedes notan, es filosófica.

Veamos la segunda, la divertida.

—No se fie usted del cerdo, póngase usted en guardia contra su mansedumbre.

—¿Y qué precauciones aconseja usted que se tengan en estos casos?

—Ninguna: la de que no se acerque usted al cerdo sinó viéndole abierto en canal, y aun así... no se fie usted tampoco.

¿En qué quedamos? pregunto yo. Pero Bremón mismo contesta:

—Es traidor aún después de su muerte.

¡Y que levanten el dedo los materialistas! A Büchner no se le habría ocurrido idea tan peregrina para demostrar la inmortalidad del



Esperando la hora de subir.

alma por la inmortalidad del cangrejo. ¡El cerdo inmortal! Ahora me explico lo que no había entendido nunca; la gracia de ciertos caricaturistas satirizando á Zola... ¡Eran precursores de Bremón! Pero Bremón no marra: ¡No se fíen ustedes del cerdo, aun después de abierto en canal, porque si no les ataraza las pantorrillas, les morderá en el vientre la triquinosis!

Alarmado el interlocutor pregunta:

—¿Y contra el microbio no hay defensa posible?

No sé si Bremón entiende de triquinas como entiende de manejos diplomáticos, alianzas, peligros internacionales y otros excesos de la política europea. Puede que sí: que esté tan fuerte en lo uno como en lo otro. Lo cierto es que no ha querido aprovechar la coyuntura para lucirse, dándose un baño (una ducha, indudablemente, *contra* sus lectores), un baño, digo, de ilustración científica, internacional también. Nó, prefirió probar que era agudo de entendimiento, ocurrente, y hasta irónico. Y consecuencia al canto:

Bremón con vistas á Musset y á través del temperamento de Leopardi. Abran ustedes bien los ojos:

—¿No hay remedio contra la triquina?

—Sólo uno: después de abierto el cerdo en canal, adobado, etcétera, haga usted que coman primeramente de él los amigos.

Lo que, traducido, viene á decir: dan ustedes el cerdo taimado, hipócrita, á los amigos; esperan á que revienten, y si por fortuna no revientan, entonces se regalan con las longanizas y los jamones sobrantes.

¡Digo, toda una experiencia *in anima vili!*

Si yo tuviese la honra de contarme entre los amigos de Bremón y me invitara él á comer, antes de sentarme á su mesa arreglaría todos mis asuntos, me despediría tiernamente de la familia, llamaría al confesor y al notario y hasta encargaría todo el servicio á la funeraria.

¡Qué apólogos, y qué gacetillas, y qué bromas las de Bremón!

(Ilustraciones de)



Playas de Inglaterra.

CLAK

Una carta

No me culpes, amor mío,
si faltó á tu dulce cita,
que no es agravio ni hastío
lo que esta noche me quita
el placer que más ansío.

Lúgubre suena y pausada
de las diez la campanada,
y como verte no puedo,
iracundo, con el dedo
paro la aguja menguada.

Mientras tú, en tu amor pensando,
me aguardas con impaciencia,
yo me estoy desesperando:
¡y aun me viene la conciencia,

sin ser culpable, azotando!

No arrugues mañana el ceño,
ni pongas el rostro altivo,
porque de noche lo sueño...
¡ten, cual siempre, dulce dueño
el corazón compasivo!

Que yo no sé tus rigores,
tus desdenes, ni tu cuita
sufrir con calma y amores:
¡y estás vengada, Dolores,
porque he faltado á la cital

¡Si yo quisiera tener
para ti, con santo anhelo,

todo un mundo de placer,
de cariño todo un cielo
para dártelo, mujer!

Estoy ceñudo y sombrío,
estoy triste y agitado...
¡no me culpes, amor mío,
porque á la cita he faltado,
que no es por tedio ni hastío!

Lo sabrás mañana así,
mas si, en riguroso exceso,
quieres castigarme á mí...
¡castígame con el beso
que ahora yo te envío á til

TEODORO ROCA PALMA

Las mujeres

Comedor de fonda. En una mesa LUCIANA MARGARIT y JOSEFINA DULCE; la primera joven aún, guapa, viuda de un comerciante acaudalado; la segunda, soltera, lindísima, adorable. Pertenecen á la aristocracia de la clase media. La señora MARGARIT, respetable por sus virtudes, tiene un carácter libre é independiente. Le gusta mucho comer fuera de casa, lo cual explica que invite frecuentemente á su amiga, mujer, no de poco seso, sino de mucha alma. En otra mesa el barón ROSTTI, segundón de linajuda familia; hombre de edad insegura, de los que empiezan á irse y continúan firmes, en pie, por esfuerzo poderoso de la edad. Abomina del matrimonio, cosa sabida en todos los salones, casinos y clubs. La escena á los postres.

JOSEFINA (*en voz baja*). — Puesto que has tenido tiempo de fijarte en él, cambiemos de sitio.

LUCIANA (*sentándose de espaldas al barón*). — Como quieras; pero advierte que el partido no es despreciable. Dadas tus teorías sobre el matrimonio, lo mejor es que te cases con ese hombre.

JOSEFINA. — ¿Te figuras tú que él pide casorio?

LUCIANA. — Mejor. A un hombre corrido y fatuo (todos los corridos lo son) le caza fácilmente la mujer lista. A ti no se te engaña con facilidad, y coyunda tenemos.

JOSEFINA. — ¿Pero no ves su calva?

LUCIANA. — Como no eres mozuela á quien aloque amor, veo que puedes adornar su cabeza con peluconas.

JOSEFINA. — Chica, tú me quieres mal. Oye. (*Desdobra una carta y la lee en alta voz.*) «Señor Rostti. No le agradezco sus buenas intenciones, porque ya entiendo yo que son malas. A pesar de su fama de calavera, es usted mal sastre, pues no conoce el paño. Por verme á menudo con la señora Margarit en paseos y hoteles, se figura usted que iba yo á servir de remiendo á sus años. Usted está para jarabes y no para aperitivos. Le agradeceré mucho que no siga gastando dinero en comer donde como yo, puesto que regala usted el cubierto al fondista. Está usted desgano y no es amor, ciertamente, quien le quita á usted el apetito. He visto que á duras penas pasa usted de la sopa...»

LUCIANA. — Tiene gracia. Has conseguido hacerme reír; pero... no hay, disparate mayor.

JOSEFINA. — ¿Te casarías tú con él?

LUCIANA (*en alta voz*). — Sí, me casaría, tratándose de hombre arreglado en sus costumbres, aunque tuviera que echar un velo sobre su juventud borrascosa. Sí, me casaría, haciéndole entender que á una señora como yo, amiga del orden, no se le van con arrumacos de tenor de ópera ni con artificios de Mefistófeles pasado por agua. Le demostraría que ha sonado para él, como para Don Juan, la hora del arrepentimiento y que...

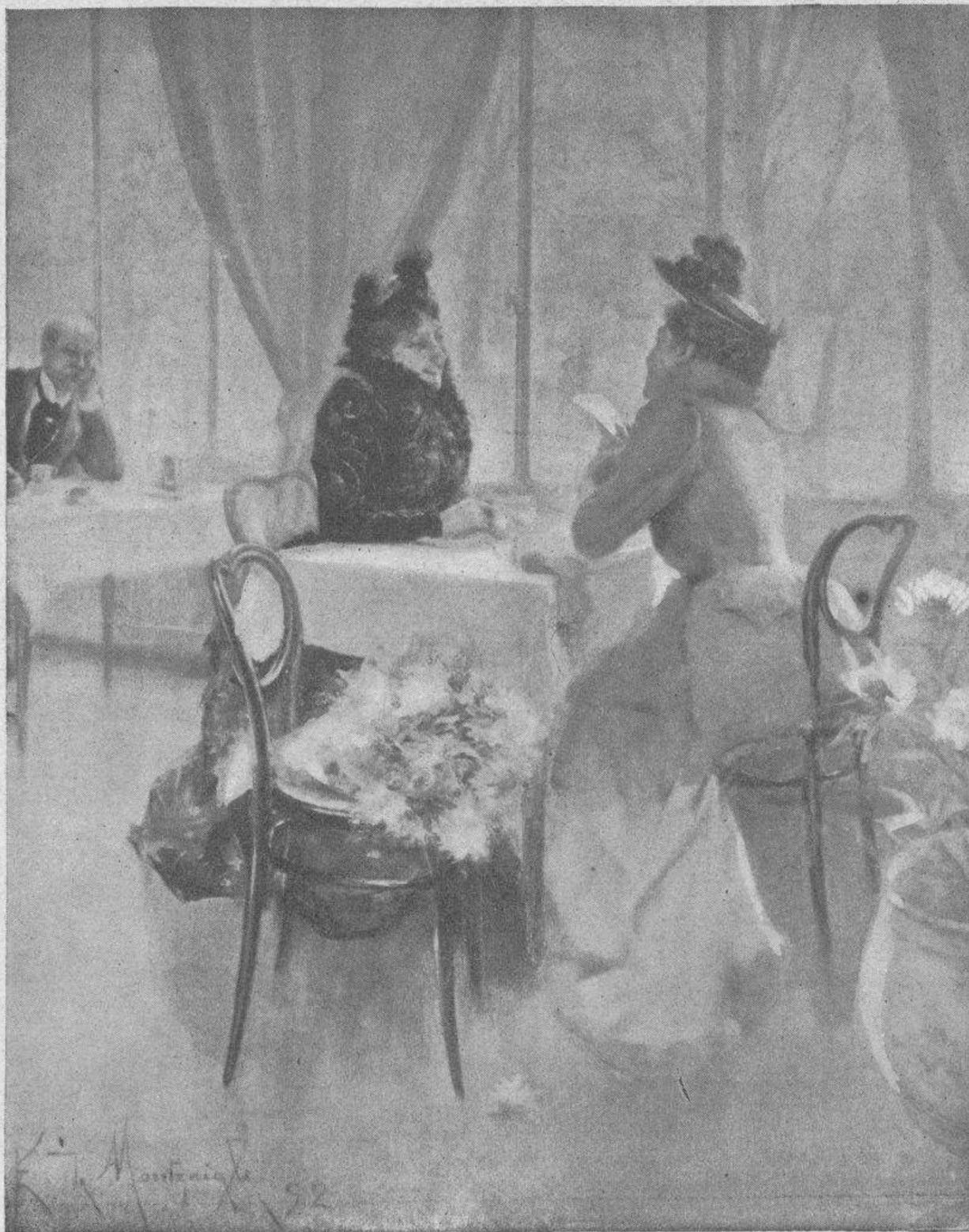
JOSEFINA (*nerviosa y rompiendo la carta*). — No sigas. Tú estás haciendo el juego para aprovechar el despecho que habrá sentido al oír la lectura de mi respuesta.

LUCIANA. — Hija ¿celosa? Lo que no puede la prudencia consíguelo el orgullo: ¿á que resultas ahora enamorada de ese vegestorio?

JOSEFINA. — No es tan viejo.

LUCIANA. — Casándose contigo, más de lo que te figuras; pero aprovecha mi consejo. Lo que he dicho fué para prepararte el terreno. Tú no sabes lo que es el matrimonio; cuando representa una letra á ocho días vista, bien; á tres meses ya resulta crédito incobrable. Cásate con el barón y verás como el placer de enviudar es placer de dioses.

GUILLERMINA STOCK





Estudiando la lección.



Caprichosa.

Stebbing.

Cuento

Era un príncipe joven y bello,
hijo hermoso de excelso monarca,
más valiente que todos los hombres
que el verbo creara.

Generoso, galante y gallardo
no hubo nadie que tierno no amara
á tan buena y tan digna criatura,
con toda su alma.

Cierto día cogió prisionera
á la niña más bella y más cándida,
que en los campos feraces había
de aquella comarca.

El amor le empujó á tal extremo
y, sin darse momento de calma,
arregló la prisión para que ella
la encontrase grata.

Telas ricas, perfumes de Oriente
profusión de riquísimas dádivas,
lo mejor y más bello del arte,
adornó la jaula.

Rodeó á la mujer de sus sueños
de creaciones sublimes y mágicas,
sin dejar olvidada una cosa
por rica ó por rara.

Más la niña, en lugar de fijarse
en aquella prisión tan dorada,
los hermosos y ricos regalos
con llanto regaba.

Nunca secos se vieron sus ojos;
nunca el príncipe tuvo esperanzas
de rendir á la niña inocente,
que triste lloraba.



—De este modo más me ayudáis á caer, que á levantar .

— Yo te puedo llenar de riquezas;
por ti sola suspira mi alma;
yo, por verte en mis brazos, daría
mi vida y mi fama.

Un puñal que atraviesa mi pecho,
una herida cruel que me mata
es mirarte verter afligida
tan acerbas lágrimas.

Dime, hermosa, por qué no me quieres;
pide, pide si algo te falta,
que desnudo yo iría á buscarlo
por calles y plazas.

Yo te adoro con tanta vehemencia,
que arrastrándome humilde á tus plantas,
dejaré que se pase la vida,
si así me lo mandas.

Si en el mundo te estorba una cosa
con mis manos iré á destrozarla,
pero véate yo, que el no verte
me destroza el alma.

— ¡Ah, señor! Pues si tanto me adoras,
reflexiona que así tu me matas.
¿Por qué dejas que aquí acabe triste,
si tanto me amas?

¿Tú no sabes que yo no he nacido
para verme entre joyas y galas?
En estando alejada del campo
ya todo me falta.

El palacio que tengo por cárcel,
las mil cosas que tierno malgastas,
el desvelo constante en que viven
mis buenas criadas,

pretendiendo aliviar mis dolores
y enjugar para siempre mis lágrimas,
comparando á los bienes que dejo
no resultan nada.

En el campo hasta el viento acaricia
con dulzura inefable mi cara,
y el ganado que pasta en los valles
al verme á mí bala.

El almendro me brinda sus flores
y la vega su alfombra y sus galas,
y refugio constante mi estrecha
y pobre cabaña.

Cuando alumbra la pálida aurora
yo conduzco mis ágiles cabras,
y es contento del campo bendito
mi boca que canta.

Si pretendes que triste no muera,
maldiciendo tu amor y tus ansias,
deja, ¡oh, grande señor! que yo habite
mi pobre cabaña.

Así dijo la niña inocente
derramando á torrentes las lágrimas,
y afligido aquel príncipe hermoso
con voz apagada:



Descanso forzado.

La Saeta

—Vete — dijo — á tu campo dichosa;
vete y cuida tus ágiles cabras,
mientras quedo envidiando la brisa
que besa tu cara.

Aseguran historias muy viejas
que el reinado perdió aquel monarca
y que el príncipe al verse tan pobre
vertió amargas lágrimas.

Mas un día encontró á la pastora
que acercándose airosa y gallarda
— Ven job, príncipe! — dijo — te amo
con toda mi alma.

Yo contigo si fuí desdeñosa
muchas culpas tuvieron tus dádivas,

que el amor nunca puede comprarse
regalando galas.

Ven si quieres job, príncipe mío!
un lugar en mi alegre cabaña,
y que juntos guardemos ahora
mis ágiles cabras.

Nada puede mi amor regalarte
pero en cambio tendrás mis miradas,
mis ardientes caricias. Ya puedo
ser ahora tu esclava.

Y he sabido que el ser más dichoso
de este valle empapado de lágrimas,
fué aquel príncipe noble y valiente,
que en el campo vivió con su amada.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



Amazona.

Esplugas.

Paseando por las cercanías de Amberes, enamoróse Adriano Vanden Veld de una hermosa quinta, y la copió en uno de sus deliciosos cuadros. El dueño de la finca, que no había visto nunca

al pintor exclamó al examinar el lienzo: «Únicamente Vanden Veld ha podido pintar ese cuadro. Le doy el original por la copia.» Vanden Veld aceptó el trato.



Si después de tanto buscarlas no están aquí... me he divertido.



¡Chis, cochero!

Alameda de la *Moncloa*. Luis se pasea impaciente á lo largo de la solitaria calle de árboles. Después de buen rato, viene á pararse cerca de aquel sitio un carruaje, descendiendo de él una mujer hermosa y elegantemente vestida. Se llama Luciana.

Luis se acerca presuroso. Pasean juntos. El coche les sigue á distancia.

LUCIANA.—Ya ve usted, que por fin he accedido á sus deseos. Aquí me tiene usted; sé que me expongo mucho, pero quiero que no me crea mala por sistema, y que le niego todo lo que pide.

LUIS.—Yo se lo agradezco á usted, ¡he suplicado tanto!

LUCIANA.—Sí, pero bien comprenderá que, acudiendo á esta cita, cometo una locura, ¡y ya no tengo edad para cometerlas! Cuando el pasado invierno me habló usted de su amor, pensé que usted sería uno de los tantos adoradores que durante mi vida he encontrado, y á los que mi posición equívoca, les presta alientos para emprender una empresa que ellos creen fácil. Después, ... nó, no interrumpa usted; le confieso que he creído sincero su pensamiento, de otro modo no estaría yo aquí; pero ¡ay amigo mío! ni mi carácter, ni mi situación, me permiten andar con distingos.

LUIS.—Nó, Luciana; á pesar de sus protestas, usted no ha visto en mí, más que un hombre que gustaba de usted, que tiene franqueza para decírselo, y que era lo bastante fatuo para creerse que en seguida había de ser correspondido; y no es eso, ¡se lo juro! yo le quiero á usted con el amor más grande que pueda tener hombre alguno: con el más desinteresado, con el más puro de los afectos.

LUCIANA.—¿Y me lo dice usted eso á mí? ¡Pobrel habla de amor, como si fuese yo una niña; cuando estoy ilícitamente unida á un hombre, como lo estuve antes á otros.

LUIS.—¡Luciana, por Dios!

LUCIANA.—Las cosas claras. Usted no debe mirar en mí, más que á la mujer que depende de uno; que no es en la existencia humana sino un dije, un capricho; que actualmente pertenece á quien ha sabido comprarla en su justo precio, y que anteriormente pasó de los brazos del seductor hastiado, á los del amante oficial. ¿Hablarme á mí de amores puros y desinteresados afectos?

LUIS.—¿Por qué nó? dejaría usted de ser mujer para dejar de ser adorable; su condición misma le abona; mire usted, Luciana: tan mezquino y ruin es todo lo que le rodea, que ha llegado usted á creerse que es vida real, lo que respira en atmósfera viciada, en ficticio ambiente. No se degrade á sus propios ojos. ¿Qué culpa tiene usted en que los azares del mundo, no le hayan permitido establecerse en su propia esfera? Tan pura y honrada puede usted ser, siendo quien es, como la virgen no apartada del lado de sus padres. Pruébeme usted que sus intenciones no son honradas y que los sentimientos de su alma no son candorosos, y tal vez entonces le acompañe á ese lodazal en donde usted trata de revolverse; de lo contrario, ¡nó, cien veces nó! pensaré que usted ha nacido para el amor, para ser adorada, para vivir junto al hombre satisfecho de haber despertado en su espíritu algo bello, ideal.

LUCIANA.—¿Usted cree ser ese hombre?

LUIS.—¿Por qué nó? ¿con tan pocos méritos me cree usted, que no me considera digno de ser amado?

LUCIANA.—¿Amado á mi manera?

LUIS.—Amado de la misma manera que se ama; con toda el alma: nó con falsos cariños ni con pro-

testas fingidas; eso no es amor, eso es comercio.

LUCIANA.—Usted mismo llegaría á arrepentirse de ese amor.

LUIS.—¿Arrepentirme? Sería como desdeñar la vida; nó Luciana; el pasado de usted, no me turbaría la tranquilidad ni la conciencia, ¿por qué? ese pasado no existirá para nosotros: lo borrará el cariño: nuestros amores serán los primeros y los únicos; el recuerdo de seres queridos por usted no vendrá á atormentarme, porque usted no ha querido nunca, ¿no es verdad?

LUCIANA.—Oh nunca. En nosotras, vamos, en las de nuestra clase, el corazón no toma parte en las empresas de amor. El capricho, la miseria, el deseo del lujo y otras infinitas causas, nos arrastran á esta existencia, pero nunca al amor.

LUIS.—Entonces puede usted amarme, sentirá usted por primera vez un afecto que ha de hacerla dichosa.

LUCIANA.—¿Tanta seguridad tiene usted de que he de sentirlo?

LUIS.—Su alma está dormida, bastará con despertarla.

LUCIANA.—Ese es el error, no crea usted que es sueño, es carencia absoluta de ella.

LUIS.—¿Usted lo comprende?... ¿Lo confiesa?...

LUCIANA.—No es mía la culpa, si no de quien me ha obligado á ello. Mire usted Luis; usted apenas me conoce, usted sabe de mi vida lo que sabe todo el mundo, es decir, que no sabe nada; usted me ha visto joven, alegre, brillando en el mundo que se divierte y no ha pensado mal; usted ha creído que si bien oficialmente pertenezco á un hombre, puesto que éste paga mis gastos y mis caprichos, puedo, si llega el caso, proporcionarme mis ratitos de alegría y placer, buscados por mí misma, y para eso nada como querer á alguien y que éste fuera usted ¿verdad?

LUIS.—Nó, Luciana, ya le dije antes...

LUCIANA.—No es eso; en resumen amigo mío, ni puedo, ni quiero, fíjese usted bien, ni quiero amar á nadie, es ya tarde para eso.

LUIS.—Nunca es tarde, haga la prueba.

LUCIANA.—¡Libreme Dios! ¿qué adelantaba con ello? ¿Acaso ha pensado nadie en que yo podía querer? Cuando ustedes, los hombres, han necesitado de mí, de mi hermosura, me han buscado; y al alejarse lo han hecho tranquilos, satisfechos, sin la menor sombra de remordimiento: ¿y yo? Yo he sufrido, me he visto instrumento, objeto, lo que usted quiera, todo, todo menos mujer: yo que tengo corazón he tenido que ahogarle por completo; yo que hubiera sentido las mismas pasiones y los mismos anhelos que todos, me he limitado á ser parte pasiva, á no manifestar mis sentimientos; en una palabra, á ser una máquina. Así, las cosas claritas; y ahora uno de ustedes, de los hombres, viene á mí pidiendo amor, pidiéndolo á quien lo ha solicitado en vano y á quien ha tenido que acostumbrarse á vivir sin él. Nó, amigo mío, es inútil: si de veras me quiere, márchese, y si todo fué un capricho, olvídolo, porque lo repito: ¡es tarde para que yo quiera!

LUIS.—Me ha hecho usted daño, Luciana, yo la quiero de veras. ¡Porque usted fuera mía!...

LUCIANA.—Vamos, como todos; pues acépteme como todos me han aceptado. Déjese de frases, reuna dinero y sin ambajes ni rodeos, venga á mí diciéndome: —Luciana, tal cantidad tengo para usted; —y entonces... veremos. Y ahora, adiós, amigo mío; no me hable más como hoy y acépteme á mi manera. Abur Luis. ¡Chis, cochero!...

AGUSTÍN R. BONNAT

Dudas que matan

Á UN AMIGO

El libro vive, el monumento dura...
Menos feliz la mente que los crea
¿se perderá en la triste sepultura?

NUÑEZ DE ARCE.

¿Que el alma es vil materia que perece?
¿Que inútil es que el alma llore y rece
en busca de perdón á sus agravios?
¿Que todos, todos, ignorantes, sabios,
pobres y ricos, cuantos son y han sido
hallan la nada á su postrer latido?
¡Jamás! N6; no lo creo:
que si exacto eso fuera,
cual otro encadenado Prometeo,
de ira y dolor la humanidad muriera.

Lamento tu extravío,
te compadezco ¡pobre amigo mío!
Buscas la luz, y ciego en tus antojos,
ante esa misma luz cierras los ojos.
¡Deliras...! ¡tú deliras!
Si este valle en que gimes y suspiras,
rudo calvario de dolor y llanto,
es única mansión que el alma habita...
ni Dios fuera Dios santo,
ni jamás su bondad fuera infinita.

Aparta, pues, de ti tan torpe idea.
Deja que el alma, ya contrita, crea
en el Dios que ofendiste en tu locura;
en ese Dios cuya bondad proclama
del sol la ardiente llama
y de la noche la tenaz negrura;
en ese Dios inmenso,
Dios de paz, de ventura, de alegría,
cuyo eternal incienso
le rinde noche y día
el Universo todo en su armonía.

¿Dudas aún? Tu duda traicionera
sembrará de dolor tu vida entera.
Huirá de ti la calma,
la dulce placidez de la existencia.
y torturada sin cesar tu alma,
maldecirás á Dios y á tu conciencia;
hasta que consumido por la duda,
vencido en lucha ruda,
caiga tu cuerpo inerte...
¡y ojalá que apiadado de tu suerte
ese Dios, compasivo sin medida,
te redima al infierno de tu muerte,
tras el atroz infierno de tu vida.

RICARDO CLARET



Dulzuras del matrimonio.

FRASES

y otros excesos

Las elecciones son como los hongos, espontáneas.

Teoría de un diputado que no tiene segura el acta de elección.

Entre mujeres:

—Emilia Pardo Bazán y Carolina Coronado han defendido á la mujer académica.

—Yo creo que no tienen razón.

—N6, no la tienen. La mujer debe representar á su distrito; debe ir á las Cortes. Mientras las mujeres no sean elegibles y electoras, imposible pedir que nos respeten nuestros hijos.

—Algo fuerte es esa teoría.

—Pero muy justa. ¿Quiere usted decirme por qué fenómeno de la naturaleza hay padres de la patria y no hay madres?

Los candidatos prometen; los diputados olvidan.

Pensamiento de un elector rural.

En el colegio de X... se persona el alcalde á las ocho de la mañana; abre la puerta y la cierra tras sí. Cuando se presentan los interventores les dice por el ventanillo:

—¿Pero ustedes creen que puedo tolerar que se les peguen las sábanas mientras yo madrugo?

Poco después se presenta el notario, y previas las formalidades de rúbrica, levanta acta. El monterilla sale diciendo:

—Añada usted que estos señores tienen el sueño muy pesado. No se duerme en los momentos

La Saeta

históricos. Después de todo, pueden protestar á su gusto; la protesta es un derecho que yo respeto y haré que respeten todos los ciudadanos.

No he visto nada tan inútil como la convocatoria de diputados á Cortes. Los candidatos acuden sin que se les llame.

Reflexión de uno que se rasca la barba cuando le pica.

— ¡Mamarracho!

— ¡Estúpido!

— ¿Cuánto le dan á usted por votar?

— A mí nada, pero á usted esto. (*Bofetón de cuello vuelto; una muela extraída.*)

Don Pedro Bustamante se presenta á votar.

El presidente. — No tiene usted voto.

Don Pedro. — ¿Cómo que nó? Estoy incluido en la lista electoral.

El presidente. — Estaba usted incluido ayer; pero usted ha muerto á las cinco de la madrugada. Aquí está la papeleta de defunción.



— Si no mandan ustedes nada, me retiro.

Don Pedro (irónicamente). — ¡Ah, no importa, porque antes que yo ha emitido el voto uno que murió el año pasado, y no tiene, por tanto, como á mí me pasa, las cenizas calientes!

Presentóse cierto día á un ministro muy bondadoso determinado hidalguillo que deseaba casar á su hijo con heredera riquísima y de notable influjo. Pidió un título para su vástago, poniendo por excusa á sus pretensiones el celo con que había servido al prócer en ocasión en que el pueblo le nombró diputado.

—Si ha sido usted diputado — replicóle el ministro — habrá usted hecho leyes, y haciéndolas, sabe usted como yo que nada puedo contra la ley. Es imposible dar á su hijo lo que no tiene.

El hidalguillo se retiraba tristón y caviloso cuando le llamó el gobernante, diciéndole:

—Si lo que usted quiere es casar á su hijo, cáselo.

—Señor, imposible; puesto que no puede dársele lo que solicita.

—¿Y eso qué? Puede él tomárselo: puede ser *varón* de lo que guste, y como no está obligado á saber ortografía, todo consiste en añadir un palo á la *v* del título.

NOTAS DE UN CURIOSO.



Sensitiva

Reutlinger



MISCELANEA



Don Pancho, hombre obeso, juega todas las tardes en casa del boticario con el secretario del municipio y con el cura de la villa.

Cuando está la partida más empeñada, comparece el alguacil, diciendo al secretario:

—De parte del señor Alcalde que se persone *usia* en la casa principal del pueblo, porque los consumos han irritado al pueblo y están todos muy agitados.

—¿Agitados? ¿y quienes son los que se atreven á estar agitados sin permiso de la autoridad? — dice el secretario abandonando las cartas.

—¿Quienes han de ser? — dice don Pancho dando un puñetazo sobre la mesa. — Todos los que no saben jugar al mus. Si jugaran al mus no tendrían tiempo para quejarse de los consumos.



Oye, serranita mía,
la de los ojitos negros,
entona el cantar que dice:
«Tú me quieres... yo te quiero...»



Se habla en un casino de trastornos posibles. Se anuncian movimientos de tropas. Y un chusco se encara con un millonario, el más rico de la población, diciéndole:

—¿Qué dice usted á eso? ¿No teme usted á las hordas insubordinadas?

—¿Yo? ¡qué disparate! Si se trata de meter mano, me hallaré en mi elemento, y la meteré hasta el codo. A río revuelto, ganancia de millonarios. Soy práctico en esas maniobras... comerciales.



Generalmente, el amor es una fórmula para el robo en que la mujer hace el papel de víctima. La mujer dice: ¡ven! El hombre dice ¡voy!



El hombre, rey de la naturaleza, es muy hidalgo, pero conviene no poner á prueba su hidalguía.



La escena en Francia, naturalmente, porque aquí no se lee en los vagones, sinó que, á poner las empresas mayores comodidades en las líneas, bailaríase de una estación á otra hasta el bolero.

Entra el joven Machinet con una novela de Zola en las manos. En el vagón sólo hay una señora. Machinet lee capítulos y más capítulos. Al cabo llega á un pasaje escabroso. Machinet que presume de cortés y fino con las damas dice:

—Señora, usted me perdonará si continuo enterándome de esta escena algo libre.



CHARADA

La otra tarde estando en *Todo*
cogí un *primera dos tres*,
por beber agua muy fría
en un *tres cuatro* al revés.
Y me hallé una *prima cuatro*
que contenía un *dos tres*,
que estaba lleno de cera
según lo que vi después.
Y al fin con mi amiga Rosa
me vine en un *prima tres*,
tirado por *cuarta prima*
tercia cuarta muy hermosa,
que compré el pasado mes.

ANDRÉS DONATO PÉREZ.



Adivinanza

Sin principio, animal soy,
sin medio, en el agua canto,
y si me quitan el fin
tienda de vino señalo.

RAFAEL DEL VILLAR.



Cadena de estrellas

* * *
* * *
* * * *
* * *
* * *
* * *
* * *
* * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

Substituir las estrellas por letras, de manera que se lea horizontal y verticalmente: 1.ª línea, número; 2.ª, parte de verbo; 3.ª, verbo; 4.ª, nombre de mujer; 5.ª, animal (en plural); 6.ª, parte de animal; 7.ª, periódico ilustrado; 8.ª, río; 9.ª, verbo; 10.ª, parte de verbo y 11, un licor.

ZARAGATERO.



Jeroglífico comprimido

T. conjunción nota. E

T. A. S.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Campanario.

ADIVINANZA. — Tabaco.

TARJETA. — Saeta. Luján.

ACRÓSTICO. — SALES

UG ENA
ARDA M
LUJAN
MORENO
CORACHAN
DOTRES
RU IZ
ST OCK

Correspondencia

V. I. — Fijese usted en que los versos de once sílabas han de tener once sílabas, precisamente: una, dos, tres, etc., hasta once. Los sonetos constan de dos cuartetos y dos tercetos, tal como usted ha escrito,

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

LA

SAETA



20 cents.

Núm. 440

